

Recensión

Ajiaco: Stirrings of the Cuban Soul¹

Aurora Alcaide Ramírez*
Universidad de Murcia.

A lo largo del último cuatrimestre de 2009 y hasta el 21 de febrero de 2010 el Lyman Allyn Art Museum de New London, Connecticut, albergará la exposición *Ajiaco: Stirrings of the Cuban Soul*, muestra que recoge los proyectos creativos de 25 artistas cubanos cuyo discurso está íntimamente relacionado con la espiritualidad y la religiosidad. Comisariada por la Dra. Gail Gelburd, directora del Departamento de Artes Visuales de la *Eastern Connecticut State University* y profesora de Historia del Arte en esta misma universidad, la exposición también cuenta con el patrocinio de la Hispanic Alliance de New London y con el apoyo de diversos coleccionistas de arte cubano de Estados Unidos, entre los que destacan Alex y Carole Rosenberg en Nueva York, y Ramón y Nercys Cernuda en Miami.

Si se consulta un libro de recetas cubanas, se descubrirá que el ajiaco es una especie de guiso espeso compuesto por múltiples y variados ingredientes en distintas proporciones, como aceite, ajo, boniato, calabaza, cebolla, malanga, patata, pimienta, plátano, yuca, salsa de tomate, tocino, carne de cerdo, laurel y cominos. Por lo tanto, no es de extrañar que Gelburd haya elegido el nombre de esta comida típica cubana como metáfora de la mezcla racial, cultural y, por extensión, religiosa, que se vive en Cuba desde la época colonial y que se ha visto enriquecida a lo largo del siglo XX.

Los españoles expandieron/impusieron el catolicismo en la isla, donde hasta entonces sus habitantes, los indios Taínos, habían desarrollado un culto más conectado a la naturaleza. Durante los siglos XVI-XIX, con la trata de esclavos africanos en toda América, se introdujeron diferentes manifestaciones religiosas africanas en el continente, como la religión Yoruba (practicada en las zonas ahora ocupadas por Nigeria y las repúblicas de Benin y el Togo), que en Cuba derivó en la santería o Regla de Ocha, la cual se basa en el culto a una serie de deidades (orishas), cada una de las cuales está dotada de diferentes atributos, poderes y deberes, y que tienen la misión de mediar entre la divinidad suprema (Oloddumare) y los humanos; pero también el Palo Monte, religión fundamentada en las tradiciones religiosas del Congo y que se caracteriza por el culto a las fuerzas naturales y los muertos, o más cercana en el tiempo (principios del siglo XX), la sociedad secreta masculina Abakuá. Con la abolición de la esclavitud en el ocaso del siglo XIX, llegaron a Cuba numerosos inmigrantes asiáticos, principalmente chinos, que sustituyeron en el trabajo precario a los africanos ya libres, y que introdujeron en la isla prácticas religiosas como el budismo, el taoísmo o el confucianismo. A consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, llegó una considerable oleada de judíos a Cuba y en los años de auge de la revolución castrista, las relaciones entre la isla y la Unión Soviética, supuso la entrada en el país de numerosos rusos que afianzaron el cristianismo ortodoxo en el mismo.

Todos estos cultos han visto incrementados sus adeptos en los últimos años debido, principalmente, a la austeridad económica que azota la isla desde la década de los noventa y a las particulares condiciones políticas de la misma, las cuales han incitado a muchos cubanos a abrazar la fe para evadirse de sus problemas cotidianos. Pero

*Dirección para correspondencia (Correspondence address): Aurora Alcaide Ramírez, Fac. de Bellas Artes, Univ. de Murcia. Campus de Espinardo, 30100 Murcia (España). e-mail: alcaide@um.es

también porque ahora el gobierno muestra más tolerancia hacia las manifestaciones religiosas populares, declarándose laico en lugar de ateo como al principio de la revolución.

Por lo tanto, la pluralidad religiosa ha sido una de las características más significativas de la cultura popular cubana a lo largo de los siglos. Sin embargo, si en algo se diferencia Cuba de otros países en los que también existe una pluralidad racial, cultural o religiosa como, por ejemplo Estados Unidos, es que en la isla las diferentes culturas y religiones se impregnan unas de las otras, constituyendo, usando la terminología de Néstor García Canclini (1989), culturas híbridas y religiones sincréticas. El primer autor que reparó en este hecho fue el antropólogo Fernando Ortiz, quien acuñó el término transculturación “para referirse, dentro del contexto del caribe y de la cultura cubana, a las formaciones culturales que, aun proviniendo de fuera, son asumidas, recreadas, reactivadas y reinventadas en su lugar de destino. Esta asunción y recreación de los elementos exógenos hace, según Ortiz, que la transculturación se difiera de la aculturación, en la que [...] la relación es más bien de donación y aceptación consciente o inconsciente pasiva de algunos elementos de las culturas dominantes en detrimento de los equivalentes de las receptoras.” (2007, p.352) En el ajiaco los diferentes ingredientes se mantienen enteros, conservando sus propiedades y sabores (su identidad individual), pero a su vez se mezclan armoniosamente al ser cocinados e ingeridos configurando nuevos sabores y texturas, de ahí que Ortiz fuese el primero (1939) en utilizar este plato típico de la gastronomía cubana como metáfora de su cultura transnacional.

Al igual que en el ajiaco, los artistas (ingredientes) que participan en la exposición no mantienen una unidad estilística, formal o técnica, pero tampoco generacional; sin embargo, en su conjunto constituyen una amplia panorámica de la diversidad y el sincretismo religioso cubano, y un claro ejemplo de lo fuertemente arraigada que está la religión y lo espiritual en la cultura popular y en la sociedad cubana. Predominan los artistas que viven o vivieron en la diáspora, principalmente en Estados Unidos o México, y que a través de la experiencia migratoria reafirman su identidad cultural a la vez que incorporan en sus poéticas expresivas elementos propios de las culturas del país en el que se instalan, como Pavel Acosta, Alejandro Aguilera, José Bedia, Juan Boza, María Magdalena Campos Pons, Carlos Estévez, Laura Luna, Ana Mendieta, Clara Morera, Santiago Rodríguez Olazábal, Marta María Pérez Bravo, Sandra Ramos, Tomás Sánchez, Cepp Selgas, Leandro Soto y Wifredo Lam, que residió en diferentes países. Pero también hay representantes afincados en la isla, como Belkis Ayón, Luís Cruz Abaceta, Nelso Domínguez, Juan Francisco Elso, Flora Fong, Joel Jover, Manuel Mendive, Esterio Segura y Elio Vilva.

De todos ellos, quizás sea Wifredo Lam (1902-1982), el mayor, el que mejor representa el espíritu del ajiaco, ya que su padre era chino y su madre una mestiza con sangre africana, taína y europea, por lo ya en sus genes estaba presente la mezcla racial, que refleja en sus obras a través de la incorporación de la negritud en las mismas; pero también porque además de en Cuba, vivió en Madrid, París, México, Haití, Nueva York e Italia, por lo que en su obra está muy presente la herencia del arte occidental, especialmente del surrealismo y el cubismo, la del arte caribeño, así como la simbología e iconografía de la santería.

Entre las obras de los participantes más jóvenes requiere una especial atención una colografía de Belkis Ayón (1967-1999) titulada *dormida* (1995), que además es utilizada

para la portada del catálogo de la muestra. Tanto en esta obra como en el resto de su producción, la artista se inspira en los mitos de los Abakuas, especialmente en el personaje de Siká, la mujer que descubrió y reveló los secretos de esta sociedad y fue sacrificada por los miembros de la misma para evitar que estos fuesen diseminados. A partir de entonces la sociedad secreta de los Abakuas se convirtió en exclusivamente masculina, quedando vetada para las mujeres, que según la mitología no eran de fiar. Al igual que Eva, Siká representa a una mujer pecadora, que no cumple las reglas, que se revela frente a la hegemonía masculina y que por ello su voz es silenciada. Su ejemplo es utilizado para perpetuar el machismo en la sociedad cubana, un machismo que Ayón quiere combatir reescribiendo el mito, ofreciendo nuevas versiones del mismo más acordes a una sociedad ecuaníme con hombres y mujeres. La artista se identifica con Siká, a la que admira por ser una mujer transgresora, por ello la representa en sus creaciones utilizando su propia silueta, generalmente sin nariz ni boca, y que en esta obra yace dormida, rodeada de hojas y diferentes personajes que la custodian.

Otra de las artistas que merece una revisión más detallada es María Magdalena Campo-Pons (1959), artista multimedia que desde que llegó a los Estados Unidos (1990) centró su discurso artístico en la diáspora afrocubana, tratando temas como la identidad, la memoria, la herencia cultural, su historia familiar, la raza, la mezcla de tradición y modernidad, las prácticas de la santería, el matriarcado, las labores domésticas o la feminidad. Utiliza su propio autorretrato como elemento recurrente en sus creaciones y a través de él explora los rituales de la santería, conectando de esta forma su vida física en Estados Unidos con la mental y espiritual de Cuba. En la obra que presenta en la exposición aparece la imagen de la artista de espaldas vestida de blanco, color que las santeras deben utilizar durante su primer año de iniciación. Pero además el blanco es el color de Obatalá, orisha de la sabiduría y la paz, el padre de todos los rishas, cuya principal característica es la compasión.

Muy interesantes también son las fotografías de Marta María Pérez Bravo (1959), con referencias a la santería y el palo monte, como el resto de sus obras, y en donde, al igual que ocurre en las propuestas de Campos-Pons, el cuerpo de la artista se convierte en el principal protagonista de la composición. Y del mismo modo la instalación que presenta Sandra Ramos, cuyo título *Promises od Saint Lazarus* (2003) remite directamente a Babalú Ayé, orisha asociado a la enfermedad y con la capacidad tanto para ocasionarla como para sanarla (esta asociación de San Lázaro con Babalú Ayé es un claro ejemplo del sincretismo entre el catolicismo y la santería a la que anteriormente se ha aludido). La instalación está compuesta por una serie de velas dispuestas en el suelo formando una cruz y de un vídeo donde se escucha a una multitud el día de la procesión de San Lázaro, el 17 de diciembre, número que también simboliza a Babalú Ayé, idea que es reforzada por el hecho de que en ocasiones la instalación cambia su nombre por el de *17 caminos*.

Sin duda, *Ajiaco: Stirrings of the Cuban Soul* es una excelente exposición que no sólo contribuye a visibilizar el arte cubano fuera de sus fronteras, sino que también favorece la difusión internacional de la cultura y de las tradiciones cubanas, especialmente de la religión. Un arte en el, por otra parte, la mujer tiene una gran presencia, si lo comparamos con otros países, desarrollando poéticas expresivas de una gran calidad, tanto a nivel formal y procedimental como conceptual.

La exposición viajará al Chelsea Art Museum en Nueva York en marzo de 2010 y desde

julio hasta noviembre de ese mismo año podrá ser vista en el Paul and Lulu Hilliard Art Museum de la Universidad de Louisiana en Lafayette.

Notas

- 1 Se ha convenido que su título en español sea *Ajiaco: Sabores del espíritu cubano*.

Referencias

García Canclini, Néstor (1989). *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

García García, José Luís (2007). Transculturación. En Barreño, Ascensión, García, J. L., Cátedra, María y Devillard, Marie J. (coord.), *Diccionario de relaciones interculturales. Diversidad y globalización*. Madrid: Universidad Complutense